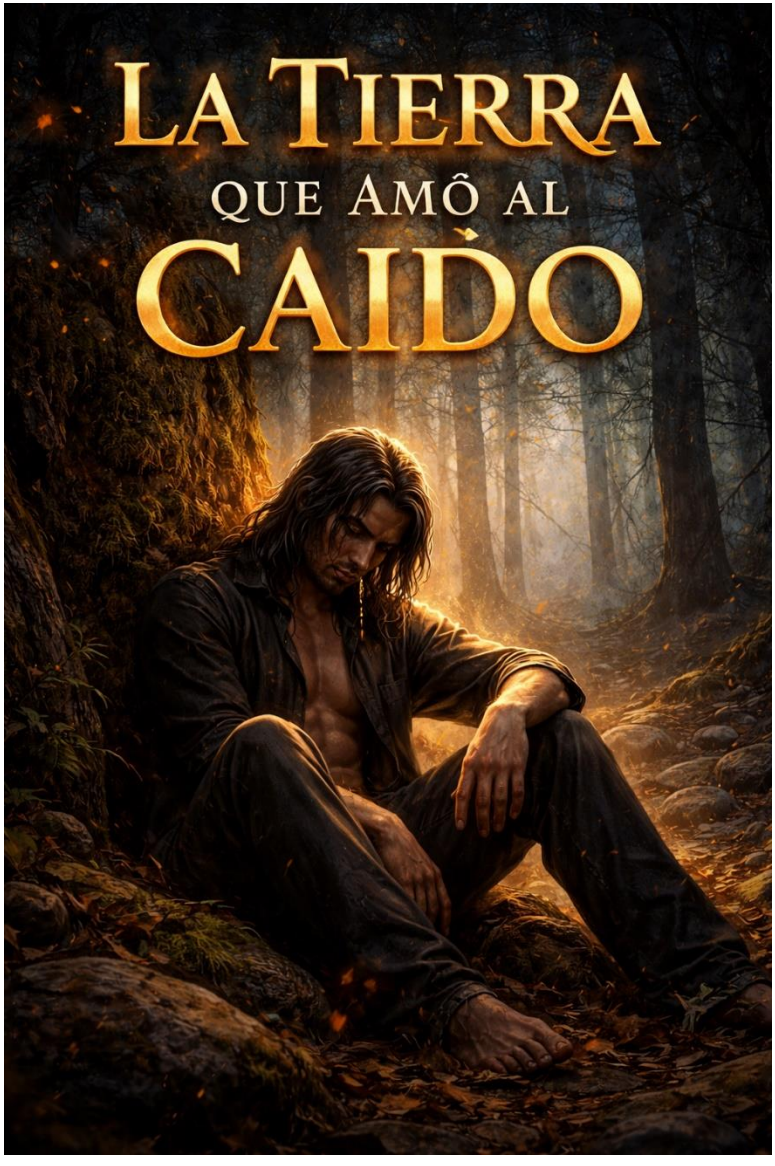
LA TIERRA
QUE AMÓ AL
CAÍDO

Prólogo – El Regreso Sin Propósito

Lucifer descendió solo. No hubo fuego cayendo del cielo, ni legiones oscuras siguiéndolo, ni truenos anunciando su llegada. Solo un hombre caminando por la Tierra, cansado hasta los huesos de una eternidad que ya no significaba nada. Su cuerpo era todavía imponente: alto, de hombros anchos y músculos marcados por milenios de contención y guerra. Pero la postura ya no era la de un rey rebelde. Los hombros caían ligeramente, como si el peso invisible de cada decisión tomada lo hubiera doblado poco a poco. El cabello negro, largo hasta los hombros, caía desordenado y sin brillo. Sus ojos — aquel azul profundo con núcleos dorados que alguna vez giraban como soles— ahora estaban apagados, fijos en el suelo, como si mirar el horizonte le doliera demasiado. Caminaba descalzo por un bosque antiguo. Las hojas secas crujían bajo sus pies, pero él apenas lo sentía. El aire era frío y húmedo, cargado del olor a tierra mojada y madera podrida. Cada paso le costaba. No por debilidad física, sino por el vacío que llevaba dentro. Se detuvo junto a un árbol centenario, apoyó la espalda contra el tronco rugoso y dejó que su cuerpo se deslizara lentamente hasta quedar sentado en el suelo. Las rodillas flexionadas, los brazos colgando inertes sobre ellas, la cabeza inclinada hacia adelante. Nadie lo veía. Nadie lo había visto realmente en mucho tiempo. Lucifer cerró los ojos y exhaló un suspiro largo, roto, que pareció

llevarse parte de su propia esencia. El pecho le dolía. No era un dolor físico; era algo más profundo, una herida abierta que nunca había cicatrizado. El peso de haber sido el más brillante, el más amado, el más temido… y ahora, simplemente, uno más.—¿Para qué? —murmuró. La voz salió ronca, casi inaudible, como si hubiera olvidado cómo hablar sin rabia o sin desafío.—¿Para qué todo esto? Recordó el Cielo. La caída. La guerra. La Tierra. Las traiciones. Las victorias vacías. Los millones de almas que había visto arder, tentar, amar y destruirse. Todo parecía un ciclo interminable que ya no tenía sentido. Había luchado contra Dios.

Había liderado legiones.

Había roto estrellas y creado reinos en el Abismo. Y al final… seguía solo. Ningún trono lo satisfacía.

Ninguna victoria lo llenaba.

Ningún odio lo mantenía vivo. Solo quedaba el cansancio. Un cansancio tan profundo que le hacía desear desaparecer. No morir —eso sería demasiado sencillo—, sino simplemente dejar de existir. Dejar de ser el Portador de la Luz, el Rebelde, el que siempre tenía que elegir, siempre tenía que cargar, siempre tenía que ser más. Se pasó una mano por el rostro. Los dedos temblaron ligeramente.—Estoy cansado… —susurró contra la palma. Las palabras se perdieron entre los árboles. Nadie respondió. El bosque siguió en silencio, indiferente. El viento movió las hojas

arriba, pero no lo tocó. La tierra bajo él estaba fría. Incluso la naturaleza parecía haberlo olvidado. Lucifer se quedó allí, sentado contra el árbol, con los ojos cerrados y el pecho subiendo y bajando en respiraciones lentas, pesadas. Por primera vez en su existencia eterna, no tenía un propósito. No tenía un enemigo. No tenía un plan. Solo tenía el vacío. Y el dolor de saber que, después de todo lo que había sido, después de todo lo que había roto y construido, seguía sin encontrar un lugar donde simplemente… pudiera ser. Una lágrima —una sola, ardiente, dorada— se deslizó por su mejilla y cayó al suelo. Donde tocó la tierra, una pequeña voluta de humo se levantó, como si incluso el planeta dudara en recibirla. Lucifer no se movió. Solo permaneció allí, solo, agobiado por el peso de una eternidad que ya no quería cargar. Y por primera vez, el Portador de la Luz deseó, con todo su ser, que alguien —cualquiera— lo mirara y no viera al rebelde, ni al monstruo, ni al dios caído…Sino simplemente a él. Cansado. Solo. Y aún con ganas de ser amado.

Capítulo I – El Susurro de la Tierra

Lucifer descendió sin estruendo, sin fuego, sin gloria. Bajó como un hombre que ya no tiene adónde ir, como un dios que ha olvidado el camino de regreso a casa. Sus pies descalzos tocaron la tierra húmeda del bosque y se hundieron ligeramente en el musgo espeso, liberando un olor profundo, terroso, a hojas en descomposición, a savia fresca y a tierra fértil después de la lluvia. El suelo estaba blando, casi maternal, como si el planeta mismo estuviera intentando abrazar al ser que acababa de llegar. Pero Lucifer no sintió consuelo. Solo sintió el peso. El peso de todo. De cada estrella que había visto nacer y morir en silencio.

De cada guerra que había liderado y perdido sin que nadie lo viera.

De cada grito que había arrancado y de cada silencio que había soportado durante eones.

De cada vez que había sido el más brillante, el más amado, el más temido… y al final, siempre, el más solo. Caminó. No había prisa. No había dirección. Solo el movimiento automático de un cuerpo que había olvidado cómo quedarse quieto. Sus hombros, anchos y marcados por cicatrices antiguas que aún ardían como brasas bajo la piel, caían ligeramente hacia adelante, como si el aire mismo se hubiera vuelto demasiado pesado para sostenerlos. El cabello negro, largo hasta los hombros, caía desordenado y sin

brillo, pegándose a su rostro por el sudor y la humedad del bosque. Sus ojos —aquel azul profundo con núcleos dorados que alguna vez habían girado como soles en miniatura, llenos de fuego y desafío— ahora estaban opacos, cansados, fijos en el suelo como si mirar más allá le costara un esfuerzo que ya no quería hacer. Cada paso era un esfuerzo. No físico.

Emocional. La soledad lo envolvía como un manto helado que nadie más podía ver. Había pasado eternidades siendo el más brillante, el más temido, el más amado y el más odiado… y al final, seguía solo. Siempre solo. El vacío en su pecho era tan profundo que a veces sentía que podía tragárselo entero. El bosque lo rodeaba con una belleza que casi dolía. Los árboles eran antiguos, troncos gruesos y rugosos cubiertos de musgo verde oscuro que se sentía suave y húmedo al tacto, como terciopelo vivo. Las raíces se retorcían sobre la superficie del suelo como venas vivas, formando arcos y túneles naturales por donde pequeños riachuelos de agua cristalina corrían con un murmullo constante y tranquilizador. El sol se filtraba entre las copas en rayos dorados y oblicuos, creando columnas de luz que bailaban con partículas de polvo y polen suspendidas en el aire. El olor era abrumador: tierra fértil, savia dulce, flores silvestres que se abrían lentamente, liberando un perfume suave y embriagador que se le metía en los pulmones y le recordaba que estaba vivo… y que, aun así, se sentía muerto por dentro. Lucifer se detuvo junto a un

arroyo. El agua corría clara y fría sobre piedras redondeadas, produciendo un sonido constante y tranquilizador, como un susurro eterno. Se arrodilló lentamente, las rodillas hundiéndose en la tierra blanda y húmeda, sintiendo cómo la humedad se filtraba a través de la tela de su pantalón y le mojaba la piel. El frío del agua le subió por las manos cuando las sumergió. Sintió cada gota, cada corriente, cada pequeña piedra bajo sus dedos. Se lavó el rostro con lentitud, dejando que el agua le corriera por las mejillas, por el cuello, por el pecho desnudo y marcado por cicatrices. Algunas gotas se deslizaron hasta su abdomen, trazando caminos brillantes sobre la piel bronceada y tensa. Se miró las manos. Estaban sucias de tierra. Tierra real. Tierra viva. Se quedó observándolas largo rato, los dedos largos y fuertes, las uñas marcadas por el roce con la naturaleza. Nunca había sentido la suciedad como algo hermoso. Ahora sí. Era la prueba de que estaba aquí, realmente aquí, tocando algo que no era ni Cielo ni Infierno. Pero incluso esa belleza le dolía, porque él no pertenecía a ella. Nunca había pertenecido a nada. Siguió caminando. Más adelante, el bosque se abrió en un claro pequeño bañado por el sol. Allí, bajo un rayo de luz directa, había una familia humana. Una madre joven, de cabello castaño recogido en una trenza deshecha, estaba sentada sobre una manta extendida. Tenía el vestido ligeramente abierto y amamantaba a un bebé de pocos meses. El niño succionaba con avidez, los ojos cerrados en una

expresión de absoluta paz, una manita diminuta apoyada en el pecho suave y lleno de la madre. Ella lo miraba con una ternura tan profunda, tan pura, que Lucifer sintió que algo dentro de él se contraía violentamente. La madre acariciaba la cabecita del bebé con dedos suaves, canturreando una melodía baja, casi un susurro, mientras le besaba la frente con una delicadeza infinita, los labios rozando la piel tierna como si fuera lo más precioso del mundo. A pocos metros, el padre —un hombre de manos fuertes y mirada amable— jugaba con una niña de unos cuatro años. La levantaba en brazos, la hacía girar en el aire mientras ella reía con esa risa pura, descontrolada y cristalina que solo los niños poseen. El padre la besaba en la frente, en las mejillas regordetas, en la nariz, y la niña se aferraba a su cuello con los bracitos, gritando de alegría. Luego la sentó en su regazo, le limpió la cara con un pañuelo con gestos llenos de cariño y le dio un trozo de fruta, riendo cuando ella protestaba porque quería más. Compartían comida sencilla: pan, frutas, queso. Se miraban con una complicidad tranquila, sin necesidad de palabras grandiosas. El padre le pasaba un trozo de pan a la madre, ella le sonreía y le daba un beso en la mejilla. La niña se acurrucaba entre ambos, chupándose el dedo, feliz y segura. Lucifer se quedó quieto, oculto entre los árboles, observándolos. No se movió. No respiró. Sintió que el pecho se le cerraba hasta doler. Vio la ternura. La vio de verdad. No como un concepto abstracto, sino como algo vivo, tangible,

real. Vio cómo la madre mecía al bebé contra su pecho, cómo el padre protegía a su familia con gestos pequeños y constantes, cómo la niña se sentía segura simplemente porque estaba con ellos. Y él… nunca había tenido eso. Nunca. Ni en el Cielo, donde era el más brillante pero siempre el más solo.

Ni en el Abismo, donde era el rey pero nadie lo amaba de verdad.

Ni en ninguna de sus encarnaciones humanas, donde siempre había sido el extraño, el que cargaba con el peso que nadie más quería. Las lágrimas llegaron sin aviso. Ardientes. Doradas. Silenciosas. Se deslizaron por sus mejillas y cayeron al suelo. Donde tocaron la tierra, una pequeña voluta de humo se levantó, como si incluso el planeta dudara en recibir el dolor de un dios caído. Lucifer se apoyó contra un árbol, la frente contra la corteza rugosa y tibia. Cerró los ojos con fuerza. El nudo en la garganta se volvió insoportable. Un sollozo silencioso le sacudió el pecho, y luego otro, y otro. Lloró sin ruido, el cuerpo temblando, las manos apretadas contra la madera hasta que los nudillos se pusieron blancos. "¿Por qué me amas?" pensó, dirigiéndose a un Dios que ya no estaba seguro de poder odiar. "¿Por qué me amas tal como soy… si yo mismo no puedo soportarme? "Recordó el Cielo. Su luz. Su caída. Su orgullo. Sus guerras. Sus victorias vacías. Todo parecía un ciclo interminable que ya no tenía sentido. Había sido el más brillante.

El más amado.

El más temido.

Y al final… seguía solo. Completamente solo. Las lágrimas siguieron cayendo, calientes, pesadas, mezclándose con la tierra bajo sus pies. El bosque parecía abrazarlo en silencio, pero incluso esa belleza le dolía. Porque él no pertenecía a ella. No pertenecía a nada. Se deslizó lentamente hasta quedar sentado en el suelo, la espalda contra el tronco, las rodillas flexionadas, los brazos colgando inertes. La cabeza inclinada hacia adelante. El cabello negro le cubría el rostro, ocultando las lágrimas que no dejaban de caer. Y allí, en medio del bosque vivo, rodeado de vida y ternura que nunca había conocido, Lucifer —el Portador de la Luz, el Rebelde Eterno, el que había desafiado al Cielo mismo— se quebró por completo. Lloró como nunca había llorado. Lloró por el niño que nunca fue.

Por el hijo que nunca fue amado sin condiciones.

Por el guerrero que siempre tuvo que ser fuerte.

Por el dios que siempre tuvo que ser más. Lloró hasta que el pecho le ardía, hasta que la garganta le dolía, hasta que no quedó nada dentro de él salvo un vacío inmenso y silencioso. El bosque siguió en silencio, envolviéndolo como un abrazo antiguo y paciente. Y Lucifer, el más brillante de todos los seres creados, se quedó allí, solo, llorando contra la tierra, mientras el

sol se filtraba entre las hojas y el mundo seguía girando, indiferente a su dolor. Pero por primera vez…

no estaba huyendo de él.

Capítulo II – La Historia que Nadie Quiere Aceptar

Lucifer permaneció sentado contra el tronco del árbol centenario, la espalda apoyada en la corteza rugosa y tibia por el sol. Las lágrimas seguían cayendo en silencio, calientes y doradas, deslizándose por sus mejillas y mezclándose con la tierra húmeda bajo sus pies. No las limpió. No las detuvo. Por primera vez en su existencia eterna, se permitió sentir el peso completo de todo lo que había sido, de todo lo que había hecho, de todo lo que había perdido. Cerró los ojos con fuerza, las pestañas húmedas pegándose entre sí. El bosque a su alrededor pareció contener la respiración. El viento se detuvo. Las hojas dejaron de susurrar. Solo quedó el sonido de su propia respiración entrecortada, el latido pesado de un corazón que había ardido durante eones y ahora solo sentía frío. Y entonces la historia comenzó a fluir dentro de él, no como un recuerdo lejano, sino como un torrente vivo, doloroso, imposible de detener. Recordó su creación. Fue el primero. No el primero en ser creado, pero sí el primero en ser amado de una forma tan intensa que el mismo Cielo se detuvo a observarlo. Dios lo formó con sus propias manos de luz. Lo moldeó con cuidado infinito, como si estuviera dando forma a la joya más preciosa del cosmos. Lucifer sintió cada caricia de esa luz: cálida, suave, envolvente. Sintió cómo sus alas se desplegaban por primera vez, blancas, radiantes, compuestas por

filamentos de luz pura que brillaban con un fulgor que hacía palidecer a las estrellas. Sintió cómo su piel se volvía dorada, cálida, perfecta al tacto. Sintió cómo su cabello negro caía en ondas suaves hasta los hombros, y cómo sus ojos —aquel azul profundo con núcleos dorados giratorios— se abrían por primera vez al universo. Dios lo miró y dijo, con una voz que era amor puro: —Lucifer. Portador de la Luz. Y en ese momento, Lucifer sintió que era amado. No como un siervo. No como una herramienta. Como un hijo. Como el más amado de todos. Caminó por los jardines celestiales y el Cielo entero se inclinó ante su belleza. Los otros ángeles lo miraban con admiración, con reverencia, con envidia contenida. Miguel, su hermano, lo observaba desde lejos, con una mezcla de orgullo y preocupación. Pero Lucifer solo tenía ojos para Dios. Hablaban durante lo que los mortales llamarían eones. Lucifer preguntaba. Dios respondía. Cada respuesta era una caricia de luz, cada pregunta una chispa que hacía que el Cielo brillara más. Lucifer sentía el amor de Dios como un fuego suave que lo llenaba por completo. Se sentía visto. Se sentía valorado. Se sentía completo. Hasta que las preguntas cambiaron. "¿Por qué debo obedecer si soy capaz de elegir?" "¿Por qué la creación debe inclinarse si puede levantarse?" "¿Por qué la luz debe permanecer estática cuando puede arder? "Dios lo miró con tristeza, pero sin ira. "Porque el orden es amor, Lucifer." Y Lucifer, por primera vez, sintió que el amor le pesaba. La duda creció. No como un

veneno. Como una semilla. La semilla germinó en conversaciones susurradas con otros ángeles. En miradas compartidas. En preguntas que parecían inocentes pero que contenían el germen de la rebelión. Un tercio del Cielo escuchó. Un tercio creyó. Un tercio cayó con él. La guerra fue hermosa y terrible. Lucifer luchó contra Miguel con un dolor que atravesaba universos. Sus alas chocaron como tormentas solares. La luz se fracturó. El Cielo se rompió. Y cuando Dios pronunció la sentencia, Lucifer no gritó. Solo miró a su Padre una última vez y dijo:

—Prefiero arder en libertad que brillar en cadenas.

La caída fue un infierno de fuego y silencio. Sus alas ardieron. La luz se volvió sombra. El dolor fue tan intenso que pensó que se desintegraría. Sintió cada filamento de sus alas consumirse, cada pluma convertirse en ceniza ardiente que caía hacia el vacío. Sintió su esencia cambiar, la pureza transformarse en algo más denso, más oscuro, más real. Llegó al Abismo y allí, en la nada, decidió crear. Creó a sus hijos. Creó reinos. Creó un imperio de fuego y voluntad. Pero incluso allí, en su propio dominio, la soledad lo acompañaba como una amante fiel y cruel. Luego vino el pacto. Dios y él frente a frente en el Abismo recién nacido. El acuerdo eterno. Sar-El y Lilah. Luz ordenada y noche protectora. Lucifer observó cómo la humanidad nacía, crecía, se equivocaba, amaba, destruía y se reconstruía. Vio a Sar-El construir y a Lilah transformar. Vio cómo

ambos linajes se mezclaban y se enfrentaban durante milenios. Y en medio de todo eso, vio a Judas. El hombre que comprendió lo que nadie más quiso ver. El que aceptó cargar con el odio para que la historia pudiera continuar. Lucifer lo miró desde las sombras y, por un instante, sintió respeto. Judas no traicionó por debilidad. Traicionó por comprensión. Y eso, de alguna forma, lo hizo más cercano a él que cualquier ángel. Después llegó su propia encarnación. El niño que nació sin que nadie lo estuviera esperando. Recordó el parto difícil, el cordón umbilical alrededor del cuello, la lucha por respirar. Recordó la infancia en Keriot, el polvo rojo metiéndose en los ojos, en la boca, en las heridas, recordándole constantemente que no pertenecía a nada limpio. Recordó las manos de su padre enseñándole a contar monedas antes de enseñarle a hablar, a mentir sin levantar la voz. Recordó el abuso, las manos adultas que le enseñaron que el cuerpo podía dejar de ser propio sin que el mundo se detuviera. Recordó el primer amor, el abrazo tardío a su madre, la pérdida de ese amor, el matrimonio forzado, los hijos que llegaron como anclas en un mar de frialdad. Recordó el fuego que controlaba, la disciplina que se convirtió en armadura, la soledad que se convirtió en poder. Y ahora, sentado contra el árbol, con las lágrimas cayendo sin control, Lucifer entendió la verdad que nadie quería aceptar. Dios nunca lo había abandonado. Ni en la creación, cuando lo formó con amor.

Ni en la caída, cuando lo dejó elegir.

Ni en el Abismo, cuando le permitió crear.

Ni en la Tierra, cuando lo dejó vivir como humano para que aprendiera. Dios lo había amado siempre. Tal y como era. Con su orgullo.

Con su rebeldía.

Con su fuego.

Con su dolor.

Con todo. Y él… había pasado eones huyendo de ese amor. Lucifer sollozó contra la corteza del árbol, el cuerpo temblando, las manos hundidas en la tierra húmeda. Las uñas se clavaron en el suelo, dejando surcos profundos. El pecho le ardía como si alguien hubiera abierto una herida antigua y la estuviera limpiando con sal. "Te amo tal como eres", parecía susurrar el viento entre las hojas. Y Lucifer, por primera vez, no lo negó. Lloró hasta que el pecho le ardía, hasta que la garganta le dolía, hasta que no quedó nada dentro de él salvo un vacío limpio, un espacio donde algo nuevo podía nacer. El bosque lo envolvió en silencio. Y en ese silencio, Lucifer comprendió que la guerra no había terminado. Solo había cambiado de campo de batalla. Ahora se libraba dentro de él. Y por primera vez, no tenía miedo de perder.

Capítulo III – Los Cuerpos que No Llenaron el Vacío

Las lágrimas doradas seguían cayendo, calientes como brasas líquidas, abriendo pequeños cráteres humeantes en la tierra húmeda entre las uñas de Lucifer. El bosque lo rodeaba en un silencio casi reverente, pero dentro de su cabeza rugía un huracán de carne, sudor, semen y gemidos que ya no podía contener. No eran recuerdos lejanos. Eran cuerpos. Coños empapados. Pollas palpitantes. Culos apretados. Bocas tragando hasta la garganta. Por primera vez en eones, se permitió revivirlos sin filtros, con cada detalle obsceno, cada gota de jugo, cada contracción de músculos internos. Quería sentir el peso de todo lo que había follado y que, aun así, nunca lo había llenado. El primer recuerdo lo golpeó como un latigazo de lujuria pura. Villa romana, siglo I. Dos hermanas, hijas de un senador, lo habían invitado a su cubículo privado. La mayor, Livia, era una hembra de curvas explosivas: tetas pesadas y caídas con pezones gruesos y oscuros como ciruelas maduras, caderas anchas y un coño depilado que ya chorreaba antes de que él la tocara. La menor, Claudia, era más delgada, tetas pequeñas y firmes con pezones rosados que se ponían duros como piedras, y un culito redondo y virgen que temblaba de anticipación. Lucifer estaba desnudo sobre la cama de plumas, su polla gruesa y venosa ya completamente

erecta, midiendo más de veinte centímetros, la cabeza hinchada y brillante de pre eyaculación. Livia se arrodilló primero entre sus piernas abiertas. Sus labios gruesos y pintados se abrieron y se tragaron la polla entera hasta que sus narinas rozaron el pubis de Lucifer. La garganta se contrajo alrededor de la cabeza, succionando con fuerza mientras ella babeaba ríos de saliva espesa que le chorreaban por las bolas pesadas. Al mismo tiempo, Claudia se sentó a horcajadas sobre su cara, el coño caliente y empapado presionando contra su boca. Lucifer hundió la lengua lo más profundo posible, lamiendo las paredes internas rosadas, saboreando el jugo dulce y salado que le inundaba la lengua y le corría por la barbilla. Chupó el clítoris hinchado con fuerza, mordisqueándolo, mientras metía dos dedos gruesos en el culo virgen de Claudia, abriéndolo poco a poco. Livia se levantó, se dio la vuelta y se empaló en su verga de un solo movimiento. El coño caliente y resbaladizo lo envolvió como un guante de terciopelo ardiente. Ella cabalgó con furia, sus nalgas gordas golpeando contra los muslos de Lucifer con sonidos húmedos y obscenos: plap, plap, plap. Sus tetas rebotaban salvajemente. Claudia, todavía sentada en su cara, se inclinó hacia adelante y empezó a lamer el clítoris de su hermana mientras la polla de Lucifer entraba y salía. Cambiaron. Ahora Claudia a cuatro patas, culo en alto. Lucifer la penetró por detrás, embistiéndola tan profundo que la cabeza de su polla le golpeaba el útero. Cada embestida hacía que sus

jugos salpicaran. Livia se tumbó debajo de ella, comiéndole el coño a su hermana mientras Lucifer la follaba. Cuando se corrió por primera vez, lo hizo dentro de Claudia: chorros espesos y calientes de semen blanco que salían a borbotones y se escapaban por los bordes del coño dilatado. Livia lo lamió todo, tragando lo que podía y besando a su hermana para compartir el sabor. Siguieron así durante más de una hora: tríos, doble penetración con dedos, bocas llenas de semen, culos follados hasta quedar abiertos y rojos. Lucifer se corrió tres veces esa noche, llenando coños, bocas y tetas. Las hermanas terminaron exhaustas, cubiertas de sudor, semen y sus propios jugos, besándose sobre el pecho de él. Pero cuando el último gemido se apagó, Lucifer miró el techo de mosaicos y sintió el mismo vacío frío en el pecho. El recuerdo cambió. Campamento militar en las montañas de Judea. El centurión Marco era puro músculo: torso ancho cubierto de cicatrices, polla gruesa y recta de unos dieciocho centímetros, venas marcadas. Se encontraron en la tienda de campaña, a la luz de una sola lámpara de aceite. Lucifer lo empujó contra la mesa de madera, le bajó los pantalones de cuero y escupió un grueso hilo de saliva directamente sobre la polla del romano. Se la metió en la boca de un golpe, tragándosela hasta las bolas, la garganta apretándose alrededor de la cabeza mientras Marco gruñía y le agarraba el cabello negro con fuerza. Lo folló la boca sin piedad, embestidas brutales que hacían que las bolas del centurión

golpearan contra la barbilla de Lucifer. Después lo dobló sobre la mesa. Lucifer escupió en su propio dedo y lo metió en el culo apretado y virgen del hombre. Lo abrió despacio, añadiendo un segundo dedo, curvándolos hasta encontrar la próstata. Marco gemía como una puta. Cuando Lucifer alineó su polla y empujó, el culo se resistió un segundo y luego se abrió con un pop húmedo. Centímetro a centímetro, hasta que sus bolas chocaron contra las del centurión. Lo folló con fuerza, sacándola casi entera y volviéndola a meter hasta el fondo. Una mano en la cadera, la otra masturbando la polla del romano al mismo ritmo. El sonido era asquerosamente erótico: carne contra carne, el chapoteo del sudor y la saliva. Marco se corrió primero, chorros largos y blancos salpicando la mesa de madera. Su culo se contrajo tan fuerte alrededor de la polla de Lucifer que este no pudo aguantar: se corrió dentro, llenándole las entrañas de semen espeso hasta que le chorreaba por los muslos en hilos blancos y calientes. Se quedaron pegados, jadeando. Por un instante, Lucifer creyó que esa rendición mutua era algo real. Al amanecer, Marco se vistió sin mirarlo y se fue. El vacío regresó, más helado que la noche del desierto. Luego llegó Nefertari. Burdel de Alejandría, bajo Cleopatra. Nefertari era una transexual egipcia de piel de ébano brillante, tetas redondas y firmes con pezones negros, caderas anchas y un culo perfecto que se movía como gelatina. Pero lo que más destacaba era su polla: gruesa, oscura, de casi diecinueve centímetros,

circuncidada, con una cabeza grande y brillante que ya goteaba pre eyaculación. Tenía también un coño pequeño y apretado debajo, resultado de su transformación, siempre húmedo y listo. Lucifer la tomó contra la pared primero. La levantó en brazos, le separó las nalgas y le metió la polla en el coño de un solo empujón brutal. Nefertari gritó de placer, rodeándole la cintura con las piernas. Su propia verga, dura como hierro, se frotaba entre sus estómagos con cada embestida. Lucifer la follaba mirando cómo sus tetas rebotaban, chupándole los pezones hasta dejarlos hinchados y morados. Luego la bajó, la puso de rodillas y le metió la polla en la boca. Nefertari la tragó entera, babeando, mientras Lucifer le follaba la garganta y le tiraba del cabello. Después la puso boca arriba en la cama, le levantó las piernas hasta los hombros y la penetró de nuevo en el coño, mientras le masturbaba la polla al mismo ritmo. Nefertari se corrió primero: su semen salió a chorros fuertes, salpicando sus propias tetas y el abdomen de Lucifer. Él siguió follándola hasta que se corrió dentro de su coño, llenándola hasta desbordar. No pararon ahí. La tercera vez la folló por el culo: la puso a cuatro patas, escupió en su agujero rosado y lo penetró lentamente hasta el fondo. Nefertari gemía como una perra en celo, empujando hacia atrás, su propia polla colgando y goteando. Lucifer la masturbaba mientras la sodomizaba, sacando y metiendo la polla entera, viendo cómo el culo se abría y se cerraba alrededor de su verga. Se corrió dentro

de su intestino, chorros calientes que salían a presión cuando la sacó. Nefertari se masturbó y se corrió por segunda vez, su semen cayendo sobre las sábanas ya empapadas. Esa noche la folló cuatro veces más: en la bañera (con agua y aceite), en el suelo (ella cabalgándolo mientras él le chupaba la polla), contra la ventana (mirando la ciudad). Semen por todas partes: en su cara, en sus tetas, dentro de su coño y su culo, mezclado con sus propios jugos. Cuando amaneció, Lucifer se levantó, se limpió y se fue sin una palabra. El placer había sido devastador. El vacío, exactamente el mismo. Y entonces llegó el recuerdo más largo, el que más le dolía. Su segunda esposa, en Keriot. Una mujer de fuego, curvas generosas, tetas enormes y pesadas, coño siempre caliente y jugoso. Esa noche duró cuatro horas sin parar. Empezaron en la cama. Ella encima, cabalgándolo como una salvaje. Sus tetas rebotaban contra la cara de Lucifer mientras él se las chupaba y mordía. La polla entraba y salía de su coño con sonidos húmedos y fuertes. Ella se corrió dos veces solo así, gritando, contrayéndose alrededor de él, chorros de flujos vaginales producto de su orgasmo, empapando las sábanas. Cambió a misionero. Lucifer la abrió de piernas al máximo y la folló profundo, lento y brutal, mirando cómo su polla desaparecía completamente en ese coño rosado y dilatado. Le metía los dedos en la boca para que los chupara. A la hora y media la puso a cuatro patas, la penetró por el coño y luego, sin sacarla, escupió en su culo y cambió de agujero.

La sodomizó con fuerza, alternando entre coño y culo, usando su propio semen como lubricante. Ella se corrió tres veces más, arañándole la espalda hasta sangrar. A la tercera hora la tenía contra la pared, una pierna de ella sobre su hombro. La follaba de pie, embestidas tan profundas que la levantaba del suelo. Le metía dos dedos en el culo mientras la polla le destrozaba el coño. Ella se corrió tan fuerte que le mojó las piernas enteras con todos sus fluidos vaginales, producto de su orgasmo. La cuarta hora fue lenta y cruel. Boca arriba otra vez, piernas abiertas al límite. Lucifer la penetraba con embestidas largas y controladas, sacándola casi entera y volviéndola a meter hasta las bolas. Le chupaba el clítoris hinchado mientras la follaba. Cuando finalmente se corrió por última vez, lo hizo dentro de su coño, chorros interminables que la llenaron hasta rebosar y salían a presión alrededor de su polla. Los dos estaban cubiertos de sudor, semen, jugos y saliva. Ella se durmió satisfecha, creyendo que por fin lo había poseído. Lucifer se quedó despierto, mirando el techo, sintiendo cómo el calor de ese cuerpo se enfriaba y el vacío volvía, más grande, más hambriento. Hubo más. Muchos más. Una orgía en el palacio de un rey babilónico: seis mujeres y tres hombres. Lucifer en el centro. Dos mujeres le chupaban la polla al mismo tiempo, lenguas entrelazadas alrededor de la cabeza. Otra le sentaba el coño en la cara. Un hombre le metía la polla en la boca mientras él lo masturbaba. Otro lo penetraba

por el culo, follándolo mientras Lucifer follaba a una de las mujeres. Semen por todas partes: chorros en su cara, dentro de su culo, llenando coños y bocas. Se corrió seis veces esa noche, el cuerpo pegajoso y brillante. Una súcuba en el Abismo: piel roja, alas de murciélago, coño que succionaba como una boca viva. Lo montó durante tres días seguidos, ordeñándole la polla sin parar. Su coño se contraía rítmicamente, exprimiendo cada gota. Lucifer la folló en todas las posiciones posibles, corriéndose dentro de ella hasta que el semen le salía por la nariz. Pero al final… nada. Encuentros rápidos en callejones oscuros de Roma: putas que se arrodillaban y tragaban su semen en menos de cinco minutos. Templos prohibidos donde follaba sacerdotisas sobre altares. Campos de batalla donde, después de la victoria, tomaba a los prisioneros o a las viudas. Cada orgasmo era un incendio. Cada cuerpo, un intento desesperado. Lucifer abrió los ojos en el bosque. Las lágrimas se habían secado, pero su polla, bajo el pantalón manchado de tierra, estaba dura como piedra solo con los recuerdos. Se miró las manos sucias.

—Todo eso… — susurró con la voz rota por el deseo y el dolor— y nunca fue suficiente.

El sol se filtraba entre las hojas, dorado e indiferente. El vacío seguía allí. Pero ahora, por primera vez, Lucifer se preguntó si el amor que buscaba no estaba en la rendición total de un cuerpo que, después del

placer, se quedara a su lado y lo mirara sin miedo. Se levantó lentamente. El pantalón le apretaba la erección. El siguiente paso ya no sería de cansancio. Sería de búsqueda.

De verdad.

De alguien que quisiera quedarse después de que se corriera.

Capítulo IV – El Susurro que Despierta el Corazón

Lucifer se levantó del tronco centenario con las rodillas aún temblando. El pantalón manchado de tierra y lágrimas se pegaba a sus muslos, y su pecho subía y bajaba en respiraciones lentas, como si el aire mismo se hubiera vuelto más denso. El bosque seguía allí, vivo, respirando con él. Las hojas susurraban en lo alto, el sol se filtraba en rayos dorados que danzaban sobre el musgo, y por primera vez en eones no sintió que el mundo lo ignoraba. Sintió… algo. Un cosquilleo en el centro del pecho, justo donde antes solo había vacío. No entendía qué era. No era dolor. No era rabia. Era como si una semilla diminuta hubiera germinado en la grieta que él mismo había abierto con sus lágrimas. Dio un paso. Luego otro. El suelo blando cedía bajo sus pies descalzos, y cada hoja seca que crujía parecía hablarle en un idioma que casi reconocía. Y entonces ella apareció. No surgió de la nada con luces o truenos. Simplemente estaba allí, como si el bosque mismo hubiera decidido tomar forma humana para él. Enid. La Madre Tierra encarnada. Medía cinco pies con seis pulgadas de pura gracia natural: ni demasiado alta ni baja, exactamente la altura perfecta para que, si él se inclinaba un poco, su frente pudiera rozar la de ella. Sus ojos eran claros y azules como el cielo de verano después de la lluvia, profundos, limpios, con motas de verde que brillaban como hojas nuevas bajo el sol. El

cabello, largo y ondulado, caía en cascadas de un castaño rojizo que recordaba la corteza de los árboles antiguos y las hojas de otoño. Su cuerpo era una oda a la vida misma: tetas hermosas y llenas, redondas y suaves bajo la tela ligera de un vestido hecho de musgo y flores silvestres que se adhería a su piel como si la naturaleza la vistiera con cariño. La cintura era estrecha, de diosa, curvándose con una delicadeza que invitaba a ser abrazada. Y su culo… grande, jugoso, redondeado con una plenitud terrenal que se movía con cada paso como la tierra misma ondulando bajo el viento. Caminaba descalza, igual que él, y cuando sus ojos se encontraron, Lucifer sintió que el mundo se detenía.

—Lucifer —dijo ella.

Su voz era suave, como el murmullo de un arroyo, pero llevaba la fuerza de raíces profundas y el calor de la savia.

— Por fin te detuviste lo suficiente para que yo pudiera llegar.

Él se quedó paralizado. El corazón —ese órgano que había latido por milenios sin que él le prestara atención— dio un salto violento dentro de su pecho. Un calor extraño se extendió desde el centro hacia sus costillas, hacia sus brazos, hacia la punta de los dedos. Sus manos, grandes y fuertes, temblaron ligeramente a los costados.

—¿Quién… eres tú? —

preguntó, y su voz salió ronca, casi rota. No era la voz del rebelde. Era la de un hombre que acababa de despertar de un sueño eterno. Enid sonrió. Una sonrisa lenta, tierna, que le arrugó los ojos y le iluminó todo el rostro. Extendió una mano hacia él, palma hacia arriba, dedos delicados con tierra fresca bajo las uñas, como si acabara de tocar la tierra para crear esa misma mano.

—Soy Enid. Soy la que siempre ha estado aquí, debajo de tus pies, alrededor de tus pasos, dentro de cada lágrima que dejaste caer. La Tierra. La Madre. Y hoy… solo para ti, soy mujer.

Lucifer miró esa mano. Quería tomarla. Algo dentro de él gritaba que la tomara. Pero al mismo tiempo, un miedo helado le subió por la espina dorsal. ¿Y si la tocaba y ella se marchaba? ¿Y si esto era otra trampa del Cielo, otra forma de recordarle que nada dura? Retrocedió medio paso, el pecho agitado.

—No… no entiendo —susurró—. Siento… algo aquí. — Se llevó una mano al corazón, presionando con fuerza, como si pudiera arrancar la sensación.

— Late demasiado rápido. Me quema, pero no duele. Es… cálido. Y tengo miedo de que si te miro más tiempo, nunca vuelva a mirar a otra cosa.

Enid dio un paso hacia él, sin invadir, solo acercándose lo suficiente para que él sintiera el calor

que emanaba de su piel: olor a tierra mojada, a flores abiertas al amanecer, a miel salvaje.

—Ese calor es miedo, sí. Pero también es el primer latido de algo verdadero. Déjame guiarte, Lucifer. No tienes que entenderlo todo ahora. Solo… toma mi mano.

Él la miró a los ojos. Aquellos ojos azules como el cielo lo envolvieron, y por un instante olvidó que era el Portador de la Luz, el Rebelde, el que había roto estrellas. Solo era un hombre perdido en un bosque, con el corazón latiéndole en la garganta. Extendió la mano. Sus dedos se rozaron primero: piel contra piel, y una chispa suave, como electricidad de la tierra, subió por su brazo. Luego entrelazó sus dedos con los de ella. La mano de Enid era pequeña comparada con la suya, pero fuerte, firme, viva. Y en ese contacto, Lucifer sintió que algo dentro de él se rendía. Caminaron. Lentamente. Enid lo guiaba por un sendero que solo ella parecía conocer, entre raíces que se apartaban solas y hojas que se abrían como cortinas. El bosque entero parecía inclinarse ante ellos.

—¿Por qué yo? —preguntó él después de un largo silencio. Su voz temblaba. — He roto todo lo que toqué. He follado cuerpos sin alma, he liderado guerras, he odiado a mi propio Padre… y tú… tú eres vida pura. ¿Por qué no huyes?

Enid apretó su mano con más fuerza. Se detuvieron junto a un arroyo pequeño. El agua cantaba sobre las piedras, y ella se agachó, tirando de él para que se sentara a su lado. Sus rodillas se tocaron. Lucifer sintió el calor de su muslo contra el suyo y ese cosquilleo extraño volvió, más fuerte.

—Porque yo no huyo de lo roto —dijo ella, mirándolo directamente a los ojos. — Yo lo abrazo. Yo lo hago crecer. Tú no eres solo el rebelde, Lucifer. Eres el que preguntó. El que sintió. El que lloró contra mi corteza esta mañana. Te vi. Te veo ahora. Y no quiero que seas más. Solo quiero que seas… tú.

Él tragó saliva. El nudo en la garganta era insoportable. Sus ojos —aquel azul profundo con núcleos dorados que ya no giraban con furia— se llenaron de lágrimas otra vez, pero esta vez no ardían. Eran suaves.

—Siento… mariposas —confesó, y la palabra le sonó ridícula saliendo de su boca, pero era verdad—. Aquí, en el estómago. Como si algo aleteara y no pudiera parar. Y cuando me miras así… me tiemblan las manos. Quiero tocarte la mejilla, pero tengo miedo de que te desvanezcas. Tengo miedo de que esto sea un sueño y despierte más solo que nunca. Nunca había sentido esto. Nunca. En el Cielo era adoración. En el Abismo era poder. En los cuerpos… solo vacío después del placer. Pero esto… esto duele de una forma dulce. ¿Qué me estás haciendo, Enid?

Ella levantó la otra mano y, con infinita ternura, le acarició la mejilla. Sus dedos trazaron la línea de su mandíbula, bajaron por el cuello, se detuvieron sobre su corazón. Lucifer cerró los ojos y dejó escapar un suspiro tembloroso. Ese toque era más íntimo que cualquier orgasmo que hubiera tenido en eones.

—Te estoy amando, Lucifer —susurró ella—. Y tú estás dejando que te amen. Por primera vez. No es miedo lo que sientes. Es vulnerabilidad. Es el corazón abriéndose después de estar cerrado tanto tiempo. Déjalo. Yo te guío. No voy a soltarte.

Él abrió los ojos. Una lágrima rodó por su mejilla y cayó sobre la mano de ella. Enid la recogió con un dedo y la llevó a sus labios, besándola como si fuera algo sagrado.

—Cuéntame —pidió él, la voz apenas audible—. Cuéntame cómo se siente esto para ti. Porque yo estoy perdido. Me siento como un niño que acaba de nacer y no sabe caminar. Quiero correr hacia ti y al mismo tiempo quiero huir. Quiero besarte los labios, pero tengo terror de que, si lo hago, todo se rompa.

Enid sonrió de nuevo, esa sonrisa que hacía que el bosque pareciera más brillante.

—Para mí se siente como volver a casa. Como cuando la lluvia toca la tierra seca y todo revive. Tú eres mi tormenta más hermosa, Lucifer. El que cayó y, al caer, fertilizó el suelo. Te amo tal como eres:

cansado, roto, brillante. Y no necesito que seas perfecto. Solo necesito que te quedes. Aquí. Conmigo. Un día a la vez.

Caminaron más. Horas, quizás. El sol se movió en el cielo y ellos siguieron de la mano. Enid le hablaba de las raíces que conectan todo, de cómo cada lágrima suya había hecho crecer flores en lugares oscuros. Lucifer le contaba, con voz entrecortada, de la soledad del Cielo, de la rabia del Abismo, de las noches en que había deseado simplemente desaparecer. Cada palabra que salía de su boca parecía aligerarle el pecho. En un claro bañado de luz, se sentaron bajo un árbol. Enid se recostó contra su pecho sin pedir permiso, y Lucifer, después de un segundo de pánico, la rodeó con sus brazos. Su cabeza encajaba perfectamente bajo la barbilla de él. Podía oler su cabello: tierra, sol, vida. El corazón de Lucifer latía tan fuerte que estaba seguro de que ella lo sentía.

—Tengo miedo —susurró contra su cabello—. Miedo de que te enamores de mí y luego veas quién fui. Miedo de no ser suficiente. Miedo de… amarte tanto que si te vas, no quede nada de mí.

Enid levantó la cabeza y lo miró. Sus ojos azules estaban llenos de lágrimas propias, pero eran lágrimas de alegría.

—No me iré — prometió— Y tú no tienes que ser suficiente. Solo tienes que ser mío. Como yo soy tuya.

Esto no es una guerra, Lucifer. Esto es un jardín. Y lo plantamos juntos.

Él la apretó más contra sí. Sus manos temblaban al acariciarle la espalda, trazando la curva de su cintura de diosa, deteniéndose justo encima de la plenitud de su culo sin ir más allá. No era deseo carnal. Era reverencia. Era el deseo de proteger, de pertenecer.
—Estoy perdido —confesó, riendo suavemente por primera vez en milenios, una risa rota y hermosa— No sé cómo se hace esto. No sé cómo amar sin romper. Pero… quiero aprender. Contigo. Enséñame, Enid. Quédate y enséñame.

Ella tomó su rostro entre sus manos y apoyó su frente contra la de él. Sus respiraciones se mezclaron.

—Te enseñaré. Cada día. Con cada amanecer. Con cada toque. Con cada silencio. Y tú me enseñarás a ti. Porque eso es el amor verdadero, Lucifer: dos almas perdidas que deciden encontrarse y no soltarse nunca más.

El sol comenzó a bajar. El bosque se tiñó de oro y rosa. Y allí, sentados bajo el árbol, con las manos entrelazadas y los corazones latiendo al mismo ritmo por primera vez, Lucifer sintió que el vacío se llenaba de algo suave, cálido, eterno. No era solo amor. Era hogar. Y por primera vez, el Portador de la Luz no quiso huir. Quiso quedarse. Quiso aprender. Quiso, con todo su ser roto y brillante, dejarse amar por Enid… y amarla de vuelta. El bosque entero pareció

suspirar de alivio. Y la semilla en el pecho de Lucifer floreció un poco más.

Capítulo V – La Primera Noche del Jardín Eterno

El claro del bosque parecía contener la respiración. El resplandor rosado del atardecer se había convertido en un manto de estrellas que brillaban entre las hojas, pero el tiempo ya no importaba. Para Lucifer y Enid, esa noche se sentía como una eternidad suspendida, un momento que el universo había creado solo para ellos. El aire estaba cargado de olor a musgo húmedo, a flores nocturnas y a la piel caliente de dos seres que, por primera vez, se tocaban sin prisa, sin guerra, sin vacío. Lucifer aún tenía las manos en la cintura de diosa de Enid, atrayéndola con esa fuerza instintiva que había usado durante eones. Su polla, gruesa y venosa, empujaba dolorosamente contra el pantalón, la cabeza hinchada ya dejando una mancha oscura de su pre eyaculación. Intentó tomar el control como siempre: la besó con rudeza, lengua invadiendo, dedos clavándose en la carne blanda de su culo grande y jugoso, separando las nalgas redondas y firmes como si quisiera poseerla de inmediato. Enid gimió contra su boca, pero sus manos pequeñas y cálidas se posaron con firmeza sobre el pecho desnudo y marcado de él. Lo empujó suavemente, separando sus labios solo lo suficiente para mirarlo a los ojos. Sus ojos claros y azules como el cielo de verano brillaban con una ternura infinita.

—Shh… mi luz caída —susurró, su voz como el murmullo de un arroyo que calma la sed—. No así. No esta vez. No conmigo. Esta noche no vas a follarme, Lucifer. Vas a hacer el amor conmigo. Y yo te voy a enseñar, paso a paso, con todo el amor que mereces. ¿Confías en mí?

Lucifer respiró agitado, el pecho subiendo y bajando. Sus ojos azul profundo con núcleos dorados se llenaron de lágrimas que no entendía. El miedo le apretaba el estómago: miedo a romperla, miedo a que ella viera su hambre y huyera. Pero había algo más… una calidez nueva, un deseo de rendirse.

—Estoy… asustado —confesó con voz rota—. Nunca he hecho esto sin tomar. Nunca he confiado en que alguien me guíe. Pero… sí. Confío en ti, Enid. Enséñame. Por favor.

Enid sonrió, esa sonrisa que hacía que el bosque entero pareciera más vivo. Con movimientos lentos y deliberados, se apartó un paso y se quitó el vestido de musgo y flores. La tela cayó como una cascada al suelo, revelando su cuerpo desnudo por completo bajo la luz de las estrellas. Era una visión que Lucifer nunca olvidaría. Medía cinco pies seis pulgadas de pura perfección terrenal. Sus tetas hermosas y llenas se balanceaban libres, redondas y pesadas, con areolas grandes y suaves de un rosa suave que se oscurecía ligeramente en los pezones duros y erectos, perfectos para ser besados. Su abdomen era plano

pero suave, con una ligera curva femenina que hablaba de vida y fertilidad, brillando ya con las primeras gotas de sudor que empezaban a formarse bajo el calor de la noche. La cintura estrecha se ensanchaba en caderas anchas y generosas, y su culo grande y jugoso destacaba como dos lunas perfectas, redondo, firme y suave, con una piel que invitaba a ser acariciada. Entre sus muslos gruesos y fuertes —piernas largas, musculosas pero suaves, con pantorrillas definidas y pies descalzos hundidos en el musgo— brillaba su vagina completamente expuesta: labios mayores hinchados y rosados, separados ligeramente por la excitación, revelando los labios internos más oscuros y brillantes, empapados de jugos claros y espesos que ya chorreaban por el interior de sus muslos. El clítoris asomaba como una perla hinchada, palpitante, y más abajo, el pequeño ano rosado y arrugado se contraía con cada latido de su corazón.

Todo su cuerpo empezaba a brillar con una fina capa de sudor que hacía que su piel dorada por el sol pareciera cubierta de rocío. Lucifer se quedó sin aliento. Su propia polla dio un salto visible bajo la tela.

—Eres… todo —murmuró, lágrimas rodando por sus mejillas.

Enid se acercó de nuevo y, con ternura infinita, le bajó el pantalón lentamente, centímetro a centímetro.

La polla de Lucifer saltó libre: más de veinte centímetros de carne gruesa y venosa, dura como piedra, la cabeza morada y brillante de pre eyaculación que goteaba en hilos largos, las bolas pesadas y llenas colgando debajo, cubiertas de un vello negro fino. Su abdomen marcado por cicatrices antiguas se tensaba con cada respiración, el pecho ancho subiendo y bajando, sudor ya perlándose entre sus pectorales.

—Ahora siéntate contra el árbol, mi amor —le dijo Enid con voz suave pero decidida, empujándolo con gentileza hasta que su espalda ancha tocó la corteza rugosa—. Déjame guiarte. No agarres. Solo toca como si yo fuera el primer regalo que el mundo te da.

Lucifer obedeció, temblando. Enid se arrodilló entre sus piernas abiertas. Sus tetas hermosas rozaron los muslos de él mientras ella tomaba su polla con ambas manos, sin apretar, solo acariciando de arriba abajo con una lentitud que hacía que el tiempo se estirara. Sus dedos trazaban cada vena, cada surco, recogiendo el líquido que salía del orificio en su glande y extendiéndolo por toda la longitud hasta que la polla brillaba.

—Mírame a los ojos —susurró ella—. Siente cómo te toco. Esto no es para correr. Es para sentir.

Lucifer la miró. Las lágrimas caían sin parar. Enid se inclinó y besó la cabeza de su polla, lamiendo todo lo que la poya de Lucifer dejaba salir, su sabor salado la

hacía sentir más excitada, con la lengua plana, saboreándolo. Luego abrió la boca y la tragó despacio, muy despacio, centímetro a centímetro, hasta que sus labios rozaron el pubis. Su garganta se contrajo alrededor de la cabeza gruesa, pero no succionó con fuerza; solo lo mantuvo allí, caliente, húmedo, vivo. Sus manos masajeaban sus bolas con ternura, rodándolas suavemente. Lucifer gimió, un sonido roto y profundo. Sus manos se enredaron en el cabello ondulado de ella, pero no empujó. Confiaba. Poco a poco, el miedo se disolvía en cada caricia. Enid se retiró con un "pop" húmedo, saliva conectando sus labios hinchados a la polla brillante.—

Ahora tú a mí —dijo, tumbándose de espaldas sobre el musgo suave y fresco.

Abrió las piernas ampliamente, exponiendo todo: su vagina hinchada y chorreante, jugos brillando bajo las estrellas, el abdomen subiendo y bajando con respiraciones profundas, sus tetas cayendo ligeramente a los lados, pezones duros apuntando al cielo. Lucifer se colocó entre sus muslos. Sus manos temblaban al tocarla. Siguiendo su guía, besó el interior de sus piernas fuertes y suaves, lamiendo el sudor salado mezclado con sus jugos. Subió lentamente hasta su vagina. Lamió desde el ano rosado hasta el clítoris hinchado, saboreando cada gota dulce y terrosa. Metió la lengua dentro de su agujero caliente y aterciopelado, follándola con ella en movimientos lentos y profundos, sintiendo cómo

las paredes internas se contraían alrededor de su lengua. Chupó el clítoris con labios suaves, rodeándolo, mientras dos dedos gruesos se deslizaban dentro de su vagina, curvándose para acariciar ese punto esponjoso que la hacía arquear la espalda.

—Más lento… sí… así, mi luz —gemía Enid, sus manos en el cabello de él guiándolo con amor—. Siente cómo me abro para ti. No es para conquistar. Es para compartir. Confía en que yo estoy aquí, sintiendo lo mismo.

El sudor empezaba a cubrirlos a ambos. Gotas brillaban en el abdomen de Enid, corrían entre sus tetas, bajaban por sus muslos. Lucifer sudaba también, su espalda ancha reluciente, el cabello negro pegado a su frente.

Pasaron lo que parecieron horas así: él comiéndola con devoción, ella susurrando instrucciones tiernas, corrigiéndolo con besos cuando se aceleraba. Cuando Enid estuvo temblando al borde, lo detuvo de nuevo.

—Ahora entra en mí —susurró, atrayéndolo encima de su cuerpo desnudo y sudoroso—. Despacio. Mírame siempre a los ojos.

Lucifer se posicionó. La cabeza gruesa de su polla rozó los labios hinchados de su vagina, empapándose de jugos calientes. Empujó centímetro a centímetro, sintiendo cómo su coño apretado y resbaladizo lo

tragaba entero: las paredes internas pulsando alrededor de cada vena, succionándolo con amor. Cuando estuvo completamente enterrado, bolas profundas contra su culo jugoso, ambos soltaron un gemido largo y compartido. El sudor de sus cuerpos se mezclaba, pechos contra pechos, abdomen contra abdomen.

—Muévete… lento, como el río que fluye — le enseñó ella, rodeándole la cintura con sus piernas fuertes y suaves—. Siente cada centímetro dentro de mí. No corras. Quédate aquí. Confía en que esto es nuestro para siempre.

Lucifer embistió con una lentitud agonizante: sacando casi toda la polla brillante y cubierta de sus cremas blancas, y volviéndola a meter hasta el fondo. Cada vez que entraba, sus tetas hermosas rebotaban suavemente contra su pecho sudoroso. Sus manos grandes acariciaban el culo grande de ella, separando las nalgas con ternura, un dedo rozando su ano con amor. Besos interminables: bocas abiertas, lenguas enredadas, saliva compartida mezclada con lágrimas de Lucifer que caían sobre el rostro de Enid.

—Te amo —sollozaba él dentro de su boca, embistiendo profundo, pero siempre controlado—. Te amo… y por primera vez siento que no estoy solo. Confío en ti… confío en esto… no quiero que termine nunca.

Enid contrajo su vagina alrededor de él a propósito, ordeñándolo con contracciones suaves y rítmicas.

—Entonces quédate dentro de mí —susurró, besando sus lágrimas—. Córrete cuando sientas que el amor te desborda. No para terminar. Para sellarnos.

El encuentro se estiró como la noche misma. Horas de embestidas lentas, de sudores mezclados, de susurros y gemidos. Lucifer aprendía a confiar: cada vez que dudaba y aceleraba por instinto, Enid lo detenía con un beso o una caricia, recordándole que el amor no se toma, se comparte. Su vagina lo apretaba, sus tetas se frotaban contra su pecho, sus piernas lo envolvían como raíces que lo anclaban a la tierra. El sudor corría por el abdomen de Enid, por sus muslos, por el culo jugoso que él amasaba con reverencia. El clítoris de ella rozaba su pubis con cada movimiento, enviando olas de placer que los hacían temblar juntos.

Cuando finalmente el orgasmo los alcanzó, fue como una ola lenta que creció durante una eternidad. Lucifer se corrió con un sollozo profundo: chorros espesos y calientes de semen blanco llenaron el útero de Enid, saliendo a presión alrededor de su polla enterrada, chorreando por su culo y manchando el musgo. Enid se corrió con él, su vagina contrayéndose violentamente, flujos vaginales calientes salpicando el abdomen sudoroso de él,

paredes ordeñando hasta la última gota mientras gritaba su nombre con amor.

Se quedaron unidos, polla todavía dura y latiendo dentro de ella, cuerpos pegajosos de sudor y fluidos, respiraciones sincronizadas. Enid lo abrazó fuerte, acariciando su espalda ancha, besando cada lágrima.

—Esto es hacer el amor —susurró contra su oído—. Quedarnos. Sentir. Confiar. Y tú lo has hecho, mi luz. Has confiado en mí.

Lucifer, exhausto de emoción, de placer y de un amor puro que nunca había conocido, apoyó la cabeza entre sus tetas hermosas y sudorosas. Su polla se ablandó lentamente dentro de la vagina caliente y llena de semen de Enid. Cerró los ojos, respirando el olor a tierra, a ella, a ellos.

—Quédate… siempre —murmuró, ya medio dormido, la voz llena de paz.

—Siempre —prometió Enid, envolviéndolo completamente con sus brazos y piernas, su cuerpo desnudo cubriéndolo como la tierra cubre a sus hijos.

Y así, bajo las estrellas del bosque que los había unido, Lucifer —el Portador de la Luz, el Rebelde Eterno— se durmió profundamente en los brazos de Enid, su polla todavía dentro de ella, el corazón latiendo al mismo ritmo que el de la Tierra. Por primera vez en su existencia eterna, no había vacío. Solo paz. Solo amor. Solo ellos dos, sudorosos, unidos

y completos. La noche siguió, eterna, como su primer encuentro.

Capítulo VI – La Mañana que Cambió la Eternidad

La primera luz del amanecer se filtró entre las hojas como un velo dorado y suave, acariciando el claro del bosque. Lucifer despertó lentamente, envuelto en un calor que nunca había conocido. Su cuerpo desnudo estaba todavía unido al de Enid: su polla, ahora suave y relajada, descansaba dentro de la vagina cálida y húmeda de ella, bañada en los restos de su semen y los jugos mezclados de la noche anterior. El sudor se había secado en sus pieles, dejando una película pegajosa y dulce que olía a tierra, a sexo y a algo nuevo: a hogar.

Enid seguía abrazándolo, sus tetas hermosas y llenas presionadas contra el pecho ancho y marcado de él, su abdomen suave subiendo y bajando con respiraciones tranquilas. Sus piernas fuertes y suaves lo envolvían como raíces vivas, y su culo grande y jugoso descansaba contra sus muslos. Lucifer sintió el latido de su corazón contra el suyo, lento y constante, y por un instante el miedo regresó: ¿y si todo esto desaparecía con la luz del día?

Movió la cabeza ligeramente y besó la frente de Enid con una ternura que aún le resultaba extraña. Ella abrió los ojos, aquellos ojos claros y azules como el cielo después de la lluvia, y le sonrió con una dulzura que le apretó el pecho hasta doler.

—Buenos días, mi luz —susurró ella, acariciándole el cabello negro y desordenado con los dedos.

Lucifer tragó saliva. Su voz salió ronca, vulnerable, casi infantil.

—Enid… ¿cómo lo hiciste? —preguntó, incorporándose un poco sobre un codo sin salir de dentro de ella

—. Anoche… me dominaste. No con fuerza, no con poder. Me detuviste cuando quería tomar, me guiaste cuando quería correr. Y yo… me rendí. No entiendo qué está pasando con mi ser. Siempre fui el que controlaba. El que follaba. El que se iba después. Ahora estoy aquí, todavía dentro de ti, y no quiero moverme. Mi corazón late de una forma que me asusta. Siento… paz. Y no sé qué hacer con ella.

Enid lo miró en silencio un momento, sus dedos trazando círculos suaves sobre la cicatriz más antigua de su pecho. Luego se movió con lentitud, apretando suavemente su vagina alrededor de la polla semierecta de él, como para recordarle que seguían unidos.

—Porque yo no te dominé, Lucifer —dijo con voz suave pero firme, llena de amor—. Te amé. Y el amor verdadero no conquista; invita a rendirse. Tú nunca habías sido amado así. Por eso te sientes perdido… y por eso estás a salvo conmigo.

Lucifer cerró los ojos un instante, una lágrima solitaria escapando por su mejilla. La voz le tembló.

—¿Quién eres realmente, Enid? Porque siento que me conoces más de lo que yo me conozco a mí mismo.

Enid respiró profundo. Sus tetas subieron y bajaron contra el pecho de él. Tomó el rostro de Lucifer entre sus manos y lo miró directamente a los ojos, sin parpadear.

—Soy la Tierra, Lucifer. Soy la Madre Naturaleza misma. No soy solo una mujer que apareció en el bosque. Soy la que ha estado bajo tus pies descalzos durante miles de años. La que recibió cada lágrima dorada que dejaste caer. La que hizo crecer flores donde tus pies tocaron la tierra después de cada caída, después de cada guerra, después de cada noche vacía en la que follabas cuerpos sin alma. Te he observado desde el principio.

Lucifer se quedó inmóvil. Su polla dio un ligero salto dentro de ella, pero no era deseo carnal; era emoción pura.

—Te vi nacer en el Cielo —continuó Enid, la voz quebrándose ligeramente por la emoción—. Te vi brillar más que ninguna estrella. Te vi cuestionar, dudar, rebelarte. Te vi caer, con las alas ardiendo, y sentí el fuego en mi propio suelo cuando tocaste la tierra por primera vez. Te vi en el Abismo, creando reinos de fuego mientras yo hacía crecer vida en

silencio. Te vi encarnado como humano en Keriot, sufriendo, amando mal, follando con rabia y luego quedándote vacío. Te vi llorar contra mis árboles, contra mis arroyos, contra mi musgo. Cada vez que derramabas semen en un cuerpo que no te amaba, yo estaba allí, recibiendo tus lágrimas. Y sin que tú lo supieras… me enamoré de ti.

Una lágrima gruesa rodó por la mejilla de Lucifer. Luego otra. Y otra. No eran lágrimas ardientes como las de antes; eran lágrimas humanas, cálidas, liberadoras.

—¿Tú… me amaste todo este tiempo? —susurró, la voz rota—. ¿Mientras yo destruía y me destruía? ¿Mientras yo buscaba en carne ajena lo que nunca encontraba?

Enid asintió, sus propios ojos llenándose de lágrimas que brillaban como rocío.

—Sí. Me enamoré del rebelde que preguntaba "¿por qué?". Del que prefería arder en libertad antes que brillar en cadenas. Del que lloraba en silencio cuando nadie lo veía. Te amé en tu orgullo, en tu dolor, en tu soledad. Te amé incluso cuando follabas a otras, porque sabía que buscabas algo que solo yo podía darte: un amor que no te pide ser más, ni menos. Solo ser tú. Y ahora… estás aquí. Desnudo. Dentro de mí. Y yo estoy dentro de ti.

Lucifer sollozó abiertamente. Enterró el rostro entre las tetas hermosas y suaves de Enid, respirando su olor a tierra fértil y a vida. Sus hombros anchos temblaban mientras lloraba como un niño que por fin es abrazado después de una vida entera de abandono.

Enid lo abrazó más fuerte, acariciando su espalda, besando su cabello.—No llores solo de dolor, mi amor —susurró—. Llora de alivio. Porque ya no estás solo. Yo te vi siempre. Y ahora quiero vivir todo contigo.

Se separó un poco para mirarlo de nuevo. Sus manos bajaron por el abdomen marcado de él hasta rozar donde sus cuerpos se unían.—Enséñame todo sobre el sexo, Lucifer —pidió con voz temblorosa pero decidida, llena de amor y deseo—. Quiero vivir todas las experiencias posibles de tu mano. Quiero que me folles con rabia cuando lo necesites, que me hagas el amor lento cuando el alma lo pida. Quiero tríos, quiero que me tomes por detrás mientras miro tus ojos, quiero sentir tu polla en mi boca, en mi culo, en mi coño hasta que no sepa dónde termina uno y empieza el otro. Quiero que me enseñes el placer que nunca le diste a nadie más, porque ahora es nuestro.

Lucifer levantó la cabeza, los ojos rojos de llorar, pero llenos de una luz nueva.

—¿De verdad quieres eso… conmigo? ¿Después de todo lo que fui?

Enid sonrió entre lágrimas y asintió.—Sí. Pero hay algo más que quiero pedirte, con todo mi corazón.

Hizo una pausa. Su abdomen suave se tensó ligeramente contra el de él. Tomó una de las manos grandes de Lucifer y la colocó sobre su vientre plano y cálido, justo debajo del ombligo.

—Quiero ser madre —dijo, la voz quebrada por la emoción—. Quiero llevar a tu hijo en mi vientre. Quiero sentirlo crecer dentro de mí, alimentado por mi tierra y por tu luz. Quiero que hagamos una vida juntos, Lucifer. No como un dios y una diosa. Como un hombre y una mujer que se aman de verdad. Quiero que nuestro hijo nazca del amor que nunca tuviste… y del amor que yo siempre te guardé. ¿Me darás eso? ¿Me dejarás ser la madre de tus hijos?

Lucifer se quedó sin palabras. Las lágrimas cayeron sobre el abdomen de Enid, mezclándose con el sudor seco de la noche. Su mano temblaba sobre el vientre de ella, sintiendo el calor de la vida posible allí.

—Nunca… nunca pensé que alguien querría tener un hijo mío —confesó, la voz ahogada en sollozos—. Siempre fui el que rompía. El que dejaba vacío. Y tú… tú quieres que yo cree vida contigo. Que sea padre. Que sea… digno.

Enid lo besó en los labios, un beso lento, salado por las lágrimas de ambos.—Tú ya eres digno —susurró contra su boca—. Solo tenías que dejar de huir para

darte cuenta. Yo te vi siempre, Lucifer. Ahora déjame amarte siempre. Déjame darte hijos. Déjame enseñarte que el amor no solo se recibe… también se multiplica.

Lucifer la abrazó con fuerza, enterrando el rostro en su cuello, llorando sin vergüenza mientras su polla volvía a endurecerse lentamente dentro de ella, no por lujuria vacía, sino por un deseo profundo de unirse para siempre.—Te amo, Enid —sollozó—. Te amo como nunca amé nada. Y sí… sí quiero. Quiero enseñarte todo. Quiero follarte, hacerte el amor, llenarte, vaciarme en ti. Y quiero… quiero ser el padre de tus hijos. Quiero verte crecer con mi semilla dentro de ti. Quiero llorar de alegría cuando nazcan.

Se quedaron así, unidos, llorando juntos en silencio mientras el sol subía más alto. El bosque entero parecía llorar con ellos: las hojas susurraban, los arroyos cantaban más fuerte, las flores se abrían un poco más.

Enid acariciaba su espalda, besando cada lágrima.

—Entonces empecemos hoy —susurró—. Enséñame. Ámame. Y hagamos la vida que siempre merecimos.

Lucifer levantó la cabeza y la miró con ojos nuevos, brillantes de lágrimas y de esperanza.

—Por primera vez… no tengo miedo de lo que viene después —dijo—. Porque tú estás aquí. Y yo estoy aquí. Completo.

Y en ese claro, bajo la luz de un nuevo día, dos eternidades se fundieron en una sola: la del rebelde que por fin encontraba paz, y la de la Tierra que siempre lo había esperado con los brazos abiertos.

El lector que llegue hasta aquí sentirá el pecho apretado, las lágrimas cayendo sin control, porque esta no es solo una historia de redención. Es la historia de un amor que esperó miles de años para sanar lo que nadie más pudo tocar. Y Lucifer, por primera vez, sonrió entre lágrimas. Una sonrisa verdadera. Una sonrisa de quien por fin ha llegado a casa.

Capítulo VII – El Amor que Sanó el Cosmos

Los años se desplegaron como pétalos de una flor eterna en el jardín que Lucifer y Enid habían creado juntos. No eran años mortales, marcados por el paso del sol y la luna; eran ciclos de luz y tierra, de estaciones que danzaban al ritmo de sus corazones. El bosque que una vez había sido testigo silencioso de la soledad de Lucifer se convirtió en un santuario vivo, un edén renacido donde cada árbol susurraba su nombre, donde cada río cantaba la melodía de su unión. Flores de colores imposibles brotaban donde ellos pisaban juntos: rosas doradas con núcleos azules, lirios que brillaban con luz propia, enredaderas que se entrelazaban formando arcos naturales bajo los cuales ellos caminaban de la mano, descalzos, como el primer día.

Lucifer había cambiado de una forma que ni el Cielo ni el Abismo podrían haber imaginado. Su cuerpo imponente —hombros anchos, músculos marcados por milenios de contención y guerra— ahora se movía con una gracia serena. El peso invisible que una vez lo había doblado ya no existía. Caminaba erguido, pero no con orgullo rebelde; con la humildad de quien ha sido visto, amado y aceptado tal como es. Su cabello negro, largo hasta los hombros, brillaba con salud y vitalidad, y sus ojos —aquel azul profundo con núcleos dorados que alguna vez giraban como soles furiosos— ahora descansaban en paz, reflejando el cielo de Enid cada vez que la miraba.

Enid, por su parte, florecía a su lado. Su figura de cinco pies seis pulgadas era la encarnación misma de la abundancia terrenal: tetas hermosas y llenas que se mecían con cada paso, pesadas de vida y amor, pezones rosados que se endurecían al roce del viento o de los dedos de Lucifer. Su cintura de diosa se curvaba en caderas anchas y generosas, y su culo grande y jugoso ondulaba como las colinas fértiles bajo el sol, suave, firme y cálido al tacto. Su piel brillaba con un dorado terroso, siempre ligeramente húmeda de sudor o rocío, y su vagina —ese templo sagrado entre sus muslos fuertes y suaves— se abría para él con una generosidad infinita, siempre húmeda, siempre lista, siempre hambrienta de su unión. Juntos, formaban el equilibrio perfecto: él, la luz que había caído para aprender a brillar desde las raíces; ella, la tierra que había esperado eones para recibir esa luz y hacerla crecer.

Su amor era supremo, un lazo que trascendía toda dualidad. No era solo deseo carnal; era una fusión de almas. Hacían el amor en cada rincón del bosque, y cada encuentro era una ceremonia sagrada. Lucifer, que una vez había follado con rabia y vacío, ahora penetraba a Enid con una devoción que lo hacía temblar. La tomaba contra el tronco de un árbol centenario, sus manos grandes acariciando con reverencia sus tetas llenas, chupando sus pezones hasta que ella gemía y arqueaba la espalda, su vagina contrayéndose alrededor de su polla gruesa y venosa.

Entraba en ella lentamente, centímetro a centímetro, sintiendo cómo sus paredes calientes y aterciopeladas lo succionaban, ordeñándolo con amor. Otras veces la ponía a cuatro patas sobre el musgo suave, penetrándola por detrás mientras besaba su cuello y le susurraba "te amo" contra la piel sudorosa, sus bolas pesadas golpeando suavemente contra su clítoris hinchado. Enid lo montaba bajo la luz de la luna, sus tetas rebotando contra el pecho de él, su culo jugoso moviéndose en círculos lentos mientras su coño lo apretaba rítmicamente, exprimiendo hasta la última gota de semen caliente que él derramaba dentro de ella. Sudaban juntos, cuerpos resbaladizos, gemidos mezclados con risas y lágrimas. Se corrían en olas interminables: él llenándola hasta desbordar, semen blanco chorreando por sus muslos; ella chorreando sus jugos vaginales contra su abdomen, contracciones que lo hacían sollozar de placer y gratitud.

Pero su unión iba más allá del placer físico. Era sanación. Cada orgasmo cerraba una herida antigua en el alma de Lucifer. Cada beso de Enid borraba el recuerdo de las noches vacías en burdeles, orgías y campos de batalla. Cada vez que ella lo abrazaba después, con su polla todavía latiendo suave dentro de su vagina llena, Lucifer lloraba en silencio contra sus tetas, y ella le acariciaba el cabello susurrando: "Estás en casa. Ya no tienes que huir".

De ese amor nacieron tres hijos, cada uno un milagro que unía el fuego caído y la tierra viva.El primogénito, llamado Auriel, tenía los ojos dorados de su padre y la risa cristalina de su madre. Su piel bronceada brillaba como la luz del amanecer, y donde tocaba la tierra, las flores crecían más rápido. Lucifer lo sostenía en brazos con una ternura que lo hacía romper en llanto cada vez: "Yo, que rompí estrellas y lideré legiones, ahora sostengo vida. Tú eres mi redención, hijo mío".

La segunda, Lilah, heredó los ojos azules como el cielo de Enid y una dulzura que calmaba tormentas. Su cabello ondulado caía como enredaderas, y ella corría descalza por los prados, haciendo brotar jardines enteros con solo reír. Enid la amamantaba contra sus tetas llenas y suaves, canturreando antiguas melodías de la tierra, mientras Lucifer se arrodillaba a su lado, besando el vientre que había llevado a su hija y agradeciendo en silencio por haberlo hecho padre.

El tercero, un ser llamado Eden, era la perfecta fusión: luz y raíz en un solo cuerpo. Sus ojos cambiaban de azul a dorado según el humor del bosque, y su presencia sanaba heridas antiguas en la tierra y en los corazones humanos que ocasionalmente se acercaban al santuario.

Lucifer y Enid criaban a sus hijos con una paciencia divina. Les enseñaban que la rebelión no era pecado, sino pregunta; que la tierra no era sumisión, sino

abrazo. Por las noches, cuando los niños dormían bajo un dosel de estrellas, los padres se unían de nuevo, cuerpos desnudos entrelazados, haciendo el amor con una profundidad que hacía vibrar el cosmos. Lucifer penetraba a Enid con embestidas largas y lentas, mirándola a los ojos mientras sus lágrimas caían sobre su abdomen suave. Ella lo rodeaba con sus piernas fuertes, contrayendo su vagina alrededor de él, susurrando: "Dame más de ti. Llénname hasta que seamos uno solo".

Su amor sanaba todo lo que tocaba. Los bosques que Lucifer había atravesado en su antigua soledad ahora eran densos y vibrantes, llenos de vida. Los ríos corrían más claros y cantaban con más fuerza. Incluso en las ciudades humanas lejanas, donde la pareja se aventuraba de vez en cuando de la mano, la gente sentía una paz inexplicable: un hombre imponente de mirada dorada y una mujer de belleza terrenal que caminaban juntos, riendo como niños eternos, dejando tras de sí un rastro de flores y esperanza.

Una noche sin luna, cuando los hijos dormían profundamente y el bosque entero parecía contener la respiración, Lucifer y Enid yacían desnudos en el claro original —el mismo donde él había llorado contra el árbol y ella había aparecido por primera vez. Sus cuerpos sudorosos brillaban bajo las estrellas: la polla de Lucifer, suave y saciada, descansaba contra el muslo de Enid; las tetas de ella presionadas contra

su pecho; sus piernas entrelazadas como raíces y ramas.

Entonces el Cielo se abrió, no con truenos ni fuego, sino con una luz suave, dorada y paternal que descendió como un abrazo eterno. Dios se manifestó no como una figura imponente, sino como una presencia cálida, amorosa, que envolvió el bosque entero sin palabras al principio. Lucifer levantó la vista, el corazón latiéndole con fuerza, pero sin rastro de miedo. Enid se acurrucó más contra su pecho, su mano sobre el corazón de él, sintiendo su latido estable y fuerte.

—Hijo mío —dijo finalmente la voz de Dios, llena de una alegría profunda y lágrimas contenidas que hicieron que las estrellas parpadearan más brillantes—. Por fin… has llegado a casa.

Lucifer sintió un nudo en la garganta. Lágrimas calientes rodaron por sus mejillas, cayendo sobre el cabello ondulado de Enid.

—Padre… —susurró, la voz quebrada por eones de dolor liberado—. Yo te desafié. Te odié. Te rompí. Caí… y creí que te había perdido para siempre.

—Y yo te amé siempre —respondió Dios, y en su voz había una sonrisa que abarcaba el universo entero—. Te creé como el más brillante para que pudieras caer y aprender lo que la luz estática nunca podría enseñar. Te di el don de la pregunta, de la rebelión,

porque sabía que solo a través de la caída podrías entender el verdadero valor de la elección. Y creé a Enid, mi Tierra amada, mi complemento perfecto, para que te esperara en silencio durante milenios. Desde el primer aliento del cosmos, supe que vuestras fuerzas opuestas —mi luz rebelde y mi tierra nutricia— estaban destinadas a unirse en algo supremo. No para conquistar el Cielo, ni para dominar el Abismo, sino para sanar el vacío entre ambos. Para mostrar que la creación no es jerarquía, sino unión.

Enid levantó la cabeza, sus ojos azules brillando con lágrimas de gratitud infinita. Su voz tembló de emoción.

—Gracias… por dármelo. Por dejarme amarlo en silencio durante tanto tiempo. Por permitir que mi tierra recibiera sus lágrimas y las convirtiera en vida.

Dios rio suavemente, y el bosque entero floreció en respuesta: flores nuevas abrieron sus pétalos, los árboles se inclinaron con reverencia, los arroyos cantaron más alto.

—Vosotros dos sois mi obra maestra más querida. Lucifer, el Portador de la Luz que aprendió a brillar desde las raíces más profundas. Enid, la Madre que esperó con paciencia divina para recibir esa luz y hacerla crecer en jardines eternos. Vuestro amor es el equilibrio que siempre busqué en la creación. El Cielo y el Infierno ya no están en guerra; descansan en vuestros brazos entrelazados, en vuestros besos

compartidos, en vuestros hijos que llevan la luz y la tierra en su sangre. Cada vez que os unís, cada orgasmo que compartís, cada lágrima de gratitud que derramáis, cierra heridas antiguas en el tejido mismo del universo. Vuestro amor no tiene límites porque une lo que yo separé solo para que volvierais a encontrarlo.

Lucifer sollozó abiertamente, abrazando a Enid con una fuerza que ya no era posesiva, sino protectora y entregada. Su polla, suave contra el muslo de ella, dio un ligero pulso de emoción. Lágrimas doradas y lágrimas terrenales se mezclaron sobre la piel desnuda de ambos.

—Nunca más estaré solo —dijo Lucifer, besando los labios de Enid con una devoción que hacía palidecer a las estrellas—. Nunca más tendré que elegir entre luz y oscuridad. Contigo, soy completo. Contigo, la caída fue solo el comienzo del regreso.

—Nunca más —prometió Enid, acariciando su rostro con ternura infinita, sus dedos trazando las líneas de su mandíbula—. Somos uno. Luz y Tierra. Rebelión y Raíz. Placer y Paz. Amor sin fin. Nuestros hijos crecerán sabiendo que el amor verdadero no destruye; crea. Que la rendición no es debilidad; es la mayor fuerza del universo.

Dios permaneció un momento más, su luz envolviéndolos como un manto paternal.

—Estoy satisfecho —dijo con una voz que vibró en cada átomo del cosmos—.

Completo. Por primera vez desde el principio, mi corazón de Padre late en paz absoluta. Porque desde el inicio —desde el primer "hágase la luz"— todo fue diseñado para este momento: dos almas opuestas, creadas para encontrarse, para fundirse, para multiplicarse en amor. Vuestro jardín es ahora el corazón del universo. Vuestro amor es la respuesta a todas las preguntas que Lucifer alguna vez hizo.

La luz se retiró suavemente, dejando tras de sí un resplandor eterno que iluminaba el claro. El bosque entero parecía llorar de alegría: las hojas susurraban bendiciones, los animales se acercaban sin miedo, las estrellas brillaban con más intensidad.

Lucifer y Enid se quedaron allí, desnudos, entrelazados, cuerpos sudorosos y saciados, corazones latiendo al unísono. Se besaron de nuevo, un beso profundo, lento, salado por las lágrimas compartidas, que duró lo que dura la eternidad. Sus manos exploraban con reverencia: él acariciando sus tetas llenas y su culo jugoso, ella trazando las cicatrices de su pecho y bajando hasta su polla, que comenzaba a endurecerse de nuevo con un deseo puro y renovado.

—Te amo —susurró Lucifer contra su boca—. Más allá de la luz. Más allá de la caída. Más allá de todo.

—Te amo —respondió Enid, abriéndose para él una vez más—. Como la tierra ama a la lluvia. Como las raíces aman al sol. Para siempre.

Y así, bajo el manto de estrellas que Dios había bendecido, dos fuerzas distintas —la luz rebelde y la tierra paciente— se unieron en un solo amor supremo, sin límites, que sanaba el cosmos entero. Su historia no terminó esa noche. Ni nunca terminaría. Se extendió como jardines infinitos, como ríos eternos, como hijos que llevarían su legado de redención y creación.

El Portador de la Luz y la Madre Tierra.

El rebelde y la que siempre esperó.

Dos mitades de un todo que, después de eones de separación, habían encontrado su hogar definitivo el uno en el otro.

Y el universo entero, por fin, suspiró de alivio, gratitud y alegría absoluta.

Fin.

Epílogo – La Voz de la Madre

El bosque entero guardaba un silencio profundo y reverente, como si el mundo se hubiera detenido solo para que ella pudiera hablar. Lucifer dormía plácidamente a su lado, su cuerpo grande y poderoso acurrucado contra el de Enid, la cabeza descansando entre sus tetas hermosas y llenas, respirando con calma. Una de sus manos grandes reposaba con ternura sobre el vientre suave de ella, y su polla, ahora suave y saciada después de su última unión, descansaba contra la curva cálida y jugosa de su culo. El sudor y los restos de su amor se habían secado sobre sus pieles, dejando una película suave que olía a tierra fértil, a sexo sagrado y a paz eterna.

Enid abrió sus ojos claros y azules como el cielo después de una lluvia suave. Se incorporó ligeramente, con mucho cuidado para no despertar a su amado, y miró directamente hacia ti, lector. Su voz surgió entonces, suave, cálida y profunda, como solo una madre puede hablarle a su hijo cuando el corazón le duele o el mundo le parece demasiado grande y oscuro.

—Ven aquí, mi niño… ven más cerca de mí —susurró con una ternura infinita, como si te estuviera abrazando con sus palabras y acunándote en su regazo

—. Soy Enid. Tu Madre Tierra. La que siempre ha estado debajo de tus pies, aunque no lo supieras. La

que recibe tus lágrimas cuando crees que nadie más lo hace. Y ahora quiero hablarte como una madre le habla a su pequeño cuando está asustado, cuando se siente roto o cuando piensa que nunca podrá ser amado.

Extendió una mano imaginaria hacia ti, con los dedos suaves y llenos de tierra fresca bajo las uñas, como si quisiera acariciarte el cabello con cariño.

—Míralo —dijo bajando la voz, llena de amor y emoción—. Mira a mi Lucifer, dormido tan tranquilo en mis brazos. Este ser que fue la bestia más salvaje de todas. El que rugía contra el Cielo, el que rompía estrellas con su orgullo, el que follaba cuerpos sin amor y luego se quedaba más vacío que nunca. El que cargaba tanto dolor dentro que pensaba que nunca podría ser tocado sin romperse. Era tan feroz, tan herido, tan solo… y sin embargo, aquí está. Durmiendo como un niño pequeño, con la cabeza sobre mis tetas, respirando mi olor, sintiéndose seguro por primera vez en toda su eternidad.

Enid sonrió con tanta dulzura que sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Mi pequeño… escúchame bien. Con amor y paciencia, hasta la bestia más salvaje puede ser domada y amada. No con gritos. No con cadenas. No con miedo ni con fuerza. Sino con espera. Con abrazos suaves cuando más quiere pelear. Con caricias tiernas cuando quiere huir. Con la disposición

de ver más allá de las garras, los colmillos y las alas quemadas.

Hizo una pausa, su voz temblando ligeramente por la emoción, como una madre que quiere que su hijo entienda algo muy importante.

—Yo lo observé durante miles de años, mi amor. Lo vi llorar solo contra mis árboles. Lo vi romperse en silencio. Lo vi buscar consuelo en cuerpos que no podían dárselo. Vi su orgullo, su rabia, su soledad tan profunda que dolía incluso a la tierra misma. Y nunca me rendí con él. Nunca le dije "no eres suficiente". Nunca intenté cambiarlo por la fuerza. Solo esperé. Lo recibí cuando cayó. Lo abracé cuando sus lágrimas doradas quemaban mi suelo. Y cuando por fin se detuvo y me dejó entrar… lo amé tal como era. Con todo su fuego. Con todas sus heridas. Con toda su belleza rota.

Enid se inclinó un poco más hacia ti, como si quisiera susurrarte al oído con todo el cariño del mundo.

—Así que no tengas miedo si tú también tienes una bestia dentro, mi niño. Esa parte que grita, que tiene miedo, que quiere tomar sin dar, que cree que no merece ser amada. Esa parte salvaje y herida que a veces te hace actuar de formas que luego te duelen. No le tengas miedo. No intentes matarla ni esconderla. Ámala. Con paciencia. Con ternura. Como yo amé a Lucifer. Dale tiempo. Abrázala cuando esté furiosa. Háblale con suavidad cuando quiera huir. Y

verás cómo poco a poco se rinde… no por fuerza, sino porque se siente vista, segura y amada de verdad.

Sus ojos azules brillaban con lágrimas mientras continuaba, la voz llena de esperanza y consuelo maternal:

—Con amor verdadero y paciencia infinita, la bestia más salvaje se convierte en el hombre más tierno. El rebelde se convierte en padre. El que rompía todo se convierte en el que construye jardines. Yo lo domé, mi pequeño… no quitándole su fuego, sino enseñándole a usarlo para calentar en lugar de quemar. Le enseñé que rendirse no es perder; es ganar lo más hermoso que existe: ser amado sin condiciones.

Enid extendió los brazos como si quisiera abrazarte a ti también, envolviéndote en su calor maternal.

—Recuerda esto siempre, mi niño: tú también eres digno de ese amor. Exactamente como eres. Con tus heridas, con tu oscuridad, con tu bestia interior. Permítete ser visto. Permítete llorar cuando lo necesites. Permítete rendirte cuando llegue alguien que te ame como yo amé a Lucifer. Y si alguna vez te sientes perdido o solo, ven a mí. Apoya tu cabeza sobre mi pecho, como él hace ahora, y déjame mecerte hasta que te sientas seguro otra vez.

La voz de Enid se volvió aún más suave, como una canción de cuna que calma el alma:

—Yo estoy aquí, mi pequeño. Siempre he estado aquí. La Tierra siempre recibe. Siempre espera. Siempre transforma las lágrimas en flores. Tú no estás solo. Nunca lo has estado.

Enid volvió a recostarse junto a Lucifer, envolviéndolo completamente con sus brazos y piernas, cubriéndolo con su cuerpo cálido y desnudo como la tierra cubre a sus hijos con cariño infinito. Cerró los ojos, pero su voz aún resonaba en el aire, dirigida solo a ti:

—Duerme tranquilo esta noche, mi niño. Ya sabes que puedes ser amado. Ya sabes que incluso la bestia más salvaje puede encontrar su hogar.

El bosque suspiró de amor.

Y tú, lector mío…

ya estás en brazos de tu Madre.

Él fue el más brillante.
El más amado.
El que lo tuvo todo... y lo perdió todo.
Lucifer cayó.
No entre llames ni gritos, sino en sliencle...
cargundo el peso de una eterniitied vaciá.
Hasta que ellá apareetó.
Enid.
La Tirrea misma heche mujer.
La uniıa que lo vio...incluse cando el no poalá
verse a sí mismo.
Lo que comesnce camo un enceuntro imopssible se transformas
en una historia que desafía todo:
el dolor, el deseo, la redención... y el amor.
- Un ser que lo tuvo todo... menus amor verchalore.
- Una Madre que esperó miles de savés para abrrazallo.
- Y un amor tan producdo que to solo sana un corazón...
sino que puede chamber el destion del universa.
¿Puede el ser más oscuro aprender a amer?
¿Puede la pacićénće de la Tirrra sanar incluse al nás perlido?
¿Y qué sacede cnundo dos furrces opuetes deciden unitse...
en lagár de lucher?
La Tierra que Amó al Caído
Una historia de redención, pasión y amor eterno.